



HISTORIAS DE LA MAR

LOS DELFINES EN LA GUERRA DEL VIETNAM



URANTE la guerra del Vietnam los norteamericanos utilizaron la bahía de Cam-Ranh, en la costa oriental de Vietnam del Sur, para el desembarco de tropas, material de guerra, etc.

Una estrellada y oscura noche, buceadores de combate norvietnamitas penetraron a cuerpo limpio y subrepticamente en la bahía de Cam-Ranh y hundieron, con cargas de demolición provistas de espoletas de tiempo, a uno de los portaaviones de escolta norteamericanos, entonces destinados al transporte de aviones y de material de guerra.

La noticia de aquel inesperado y brillante éxito de los comunistas vietnamitas contra la Armada más poderosa del mundo causó sensación a escala planetaria, y parecía que los valerosos buceadores de combate asiáticos emularían en Vietnam las gestas de sus precursores italianos, británicos, alemanes y japoneses, que tan eficazmente actuaron contra las unidades de guerra enemigas de todas clases en las dos últimas conflagraciones mundiales.

Pero, extrañamente, en el transcurso de aquella contienda no volvió a oírse hablar para nada de los «hombres rana» norvietnamitas. Fue como si, tras aquel su brillante y primer hecho de armas, se los hubiera tragado la tierra. ¡Y en realidad, así había sido!



Durante dicha guerra civil oriental, a principios del año 1967, el autor de estas líneas permaneció tres meses en la hermosa ciudad de San Diego, California, cursando estudios. Y aparte de volver a visitar cosas tan interesantes como el parque zoológico de dicha ciudad y el observatorio astronómico de Monte Palomar, tuvo también ocasión de echar un vistazo al centro de pruebas y experiencias que la Armada norteamericana tenía en Point Magu, pocos kilómetros al norte de Los Ángeles, donde se sometía a las aeronaves de combate de los portaaviones a las más duras condiciones ambientales, se probaban diversos equipos guerreros y se hacían ciertas experiencias con animales marinos, concretamente con focas y delfines.

Según Jacques-Yves Cousteau, los delfines son «la máquina termodinámica más altamente eficaz y prodigiosa del universo subacuático». Los delfines son capaces de sumergirse hasta profundidades de 450 metros, de alcanzar velocidades de 30 nudos (se les han cronometrado estrepadas de hasta 72 kilómetros por hora), y su «sonar» tiene un alcance de kilómetro y medio.

Aquellos inteligentes mamíferos se hallaban obviamente bien adiestrados, pero al parecer todas las pruebas a que eran sometidos estaban únicamente relacionadas con su etología. Allí tuvimos ocasión de presenciar una pequeña demostración referente a la adaptación natural de los delfines a su medio actual, puesto que los antepasados de estos animales fueron mamíferos carnívoros terrestres, luego emigrados al mar.

En un estanque circular de unos cinco o seis metros de radio, donde circunstancialmente sólo había un delfín, colocaron al dócil animal unos anteojos ciegos; y luego arrojaron al agua un pequeño pez vivo. El mamífero le atrapó en un auténtico abrir y cerrar de ojos. Su equipo natural de «sonar», similar al de la orca y el cachalote (otros dos mamíferos), había evidentemente funcionado a la perfección, tan bien o mejor como podría haber lo hecho su sentido de la vista.

Y es que el delfín, cuya laringe carece de cuerdas vocales, dispone en su lugar de un esfínter y puede emitir silbidos modulados, que emplea para comunicarse con sus congéneres; y también una serie de brevísimos sonidos de baja frecuencia que le proporcionan una «panorámica» completa de lo que

le rodea, independientemente de lo que puedan ver sus ojos, y otros, de alta frecuencia, para lograr una «imágen» discriminada del objeto que le interesa.

No recuerdo si fue precisamente en Point Magu o en la Escuela Antisubmarina de San Diego, donde pudimos escuchar el sonido, recogido con micrófono y grabado en cinta magnetofónica, que en las profundidades marinas había emitido un cachalote cazador; es decir, una ballena con dientes que baja en busca de calamares hasta profundidades de 1.600 metros. Se trata de una serie de sonidos fuertes, secos y muy breves, todos de igual frecuencia, como si alguien golpeará una mesa de madera con un martillo metálico, pero cada vez más rápidos, a medida que el depredador acortaba velozmente distancias hacia su objetivo, sin duda un calamar gigante. El final recordaba vagamente los disparos de una ametralladora. Después, bruscamente, se producía un silencio abismal, es decir, sepulcral. Un pequeño drama submarino había dado fin en el abismo oscuro, sin duda con el triunfo del cachalote, el más inteligente y mejor dotado.



No dejó de causarme extrañeza el hecho de que aquellos marinos de guerra norteamericanos de Point Magu actuasen, en cierto modo, como verdaderos zoológicos, ya que el número de animales marinos que podían verse por allí era considerable, lo cual, por supuesto, suponía dinero; dinero que hay que justificar. Pero supuse que el gasto estaría más que compensado por el estudio de la propagación de las ondas acústicas ultrasonoras a través del mar, tan importante en la localización y destrucción de submarinos enemigos, y la verdad es que no volví a pensar en ello hasta que, unos diez años más tarde, terminada hacía ya tiempo aquella guerra, y también otras muchas guerras, un día cayó accidentalmente en mis manos un ejemplar de la revista *Proceedings*, de la Armada de los Estados Unidos, editada por el Instituto Naval de Annapolis.

En una pequeña reseña confinada a las últimas páginas, sin titular ni aparato tipográfico alguno, como si en realidad quisiera pasar desapercibida, revelaba el por qué los buceadores de combate norvietnamitas no lograron ningún otro éxito en dicha guerra civil.

Y es que, a partir del citado hundimiento de uno de sus portaaviones de escolta, los marinos norteamericanos emplearon delfines amaestrados para patrullar, cual eficaces e implacables jinetes submarinos del Apocalipsis, la bahía de Cam-Ranh.

Amarrada a las fuertes mandíbulas en forma de pico de la cabeza del animal, los veloces delfines portaban una cápsula contenedora de anhídrido carbónico a presión, provista de una fuerte aguja hipodérmica de acero. Tan pronto el delfín, centinela alerta, detectaba con el «sonar» la presencia de algún saboteador submarino entre las oscuras y cálidas aguas de la bocana de dicha bahía, se lanzaba contra él velozmente, a rumbo de colisión, y le clavaba en el cuerpo la aguja que portaba en el pico.

Con el golpe el acero rompía la correspondiente cápsula de cristal e inyectaba en la anatomía del infortunado zapador submarino el CO_2 a presión, provocándole una muerte casi instantánea.

A la mañana siguiente aparecía flotando el cadáver o cadáveres del o los buceadores norvietnamitas, de tal modo detectados por la noche y así liquidados, que en el mayor secreto eran recogidos y enterrados después por sus enemigos. Tanto que, durante mucho tiempo todavía, los comunistas, ignorando la suerte corrida por sus compañeros, siguieron enviando otros zapadores anfibios a la bahía de Cam-Ranh, donde por el mismo expeditivo y fulminante sistema encontrarían la muerte más de medio centenar de ellos.... ¡Así es la guerra!

Luis de la SIERRA

